
Bababec y los Faquires

Voltaire

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6744

Título: Bababec y los Faquires

Autor: Voltaire

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 8 de junio de 2021

Fecha de modificación: 8 de junio de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Bababec y los Faquires

Cuando estuve yo en la ciudad de Benarés, antigua patria de los brahmanes, procuré instruirme. Entendía medianamente el indio, escuchaba mucho y lo examinaba todo. Vivía en casa de mi corresponsal Omri, el hombre más de bien que he conocido. Era él de la religión de los bramans, yo tengo la honra de ser musulmán, y nunca nos dijimos una palabra más alta que otra acerca de Mahoma y Brahma: cada uno hacía sus abluciones aparte, y bebíamos la misma limonada, y comíamos el mismo arroz, como dos hermanos.

Fuimos un día juntos á la pagoda de Gavani, adonde vimos muchas cuadrillas de faquires, unos que eran yangüies, esto es, faquires contemplativos, y otros discípulos de los antiguos gimnosofistas, los cuales pasaban una vida activa. Todos saben que tienen una lengua científica, que es la de los más antiguos brahmanes; y un libro en este idioma, que llaman el *Veidan*, que ciertamente es el libro más antiguo de toda el Asia, sin exceptuar el Zenda-Vesta. Pasé por delante de un faquir que estaba leyendo este libro. ¡Maldito infiel, exclamó, que me has hecho perder la cuenta de las vocales que estaba contando! De esta hecha pasará mi alma al cuerpo de una liebre, en vez de ir al de un papagayo, como lo esperaba con fundamento. Yo le di una rupia para que se consolara. A pocos pasos tuve la desgracia de estornudar, y al ruido se despertó un faquir que estaba arrobado. ¿Dónde estoy? dijo; ¡qué horrorosa caída! ya no veo el cabo de mis narices, y se ha desaparecido la luz celestial. Si soy yo la causa, le dije, de que veáis más allá que donde alcanzan vuestras narices, ahí está una rupia para resarcir tamaño desmán; tornaos á vuestra luz celestial.

Habiendo salido con esta cordura del mal paso, visité á los demas gimnosofistas; muchos me presentaron tachuelitas muy bonitas para metérmelas en los brazos y en los muslos en honra y gloria de Brahma: yo compré las tachuelas, y me han servido para clavar mi colgadura; otros bailaban sobre las manos, otros daban vueltas en la cuerda floja, otros andaban á la cox-cojilla: unos andaban ceñidos de cadenas, otros traían una albarda encima; aquellos llevaban metida la cabeza en una media fanega; todos eran buena gente. Llevóme mi amigo Omri á la celda de uno de los más famosos, que se llamaba Bababec, el cual estaba en cueros, como su madre le parió, y traía arrastrando del cuello una cadena gruesa que pesaba más de sesenta libras. La silla en que estaba sentado era de palo, bonitamente ribeteada de pumitas de clavos que se le metían en las nalgas, y parecía que estaba en un lecho de plumas bien mullido. Venían muchas mujeres á consultarle: era el oráculo de las familias, y puede decirse que disfrutaba inmensa reputación. Yo presencié la larga conferencia que tuvo con Omri.

—Padre —le dijo éste—, ¿creeis que después de haber sido acrisolado por las siete metempsícosis podré llegar á la mansión de Brahma?

—Según, —dijo el faquir—; ¿cómo vives?

—Procuro —dijo Omri— ser buen ciudadano, buen marido, buen padre y buen amigo: á los ricos les presto dinero sin interes cuando lo necesitan, á los pobres se lo doy, y conservo la paz entre mis vecinos.

—¿Te metes alguna vez tachuelas en el culo? —le preguntó el brahma.

—Nunca, reverendo padre.

—Mucho lo siento —replicó el faquir—, porque es seguro que no irás más que al decimonono cielo, y es lástima.

—Bastante es, dijo Omri, con eso estoy contento. ¿Qué me

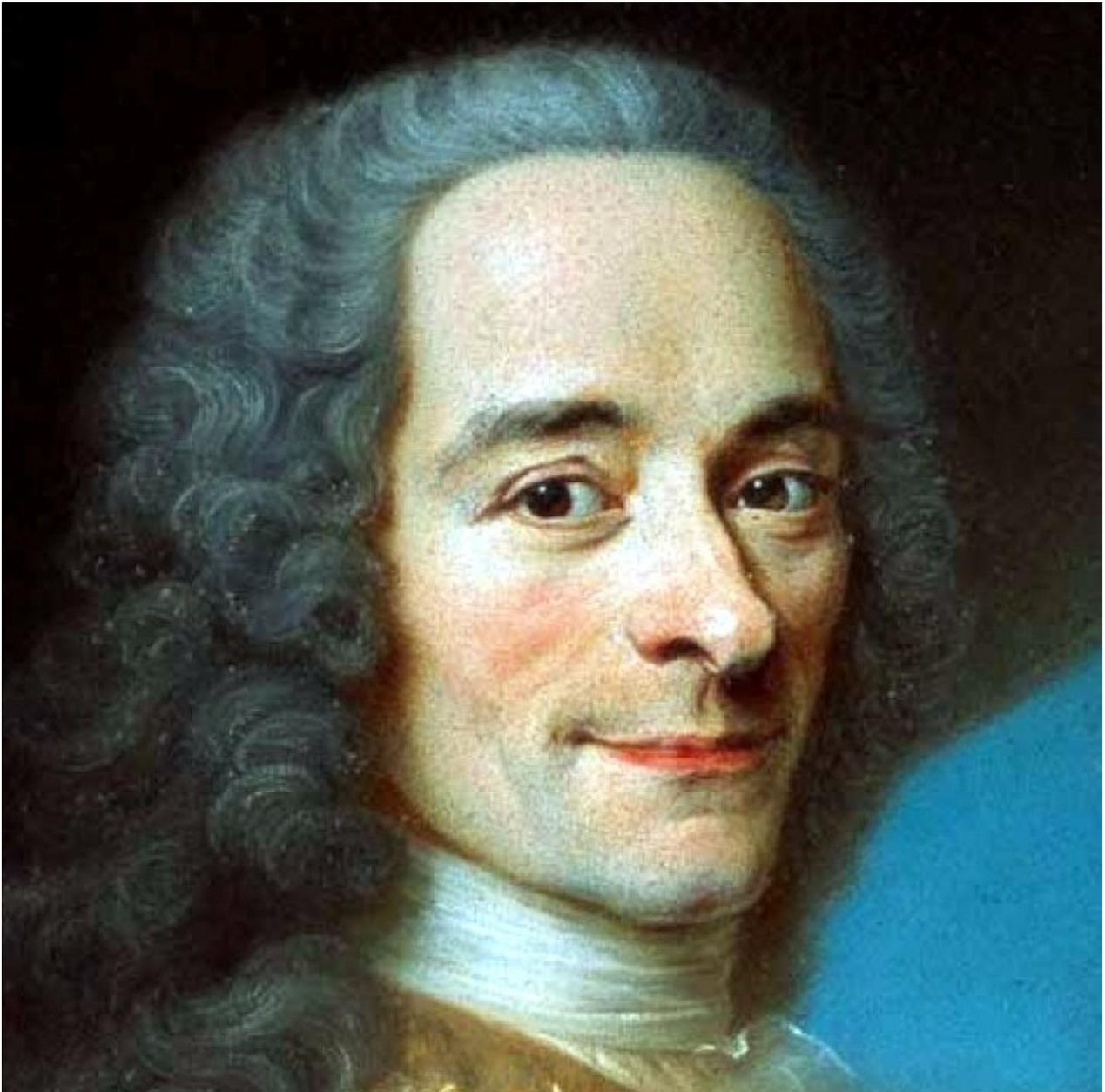
importa que sea el decimonono ó el vigésimo, si cumplo con mis obligaciones en mi peregrinación, y me tratan bien en mi último albergue? ¿No basta con ser hombre de bien en esta tierra, y luego feliz en la de Brahma? ¿Pues á qué cielo quiere V. ir, señor Bababec, con sus tachuelas y sus cadenas?

—Al trigésimoquinto —dijo Bababec.

—¡Donoso chiste —replico Omri— querer estar en sitio más alto que yo! Eso sólo puede ser efecto de una desmedida ambición. Si condenáis á los que aspiran á las honras de esta vida, ¿por qué las pretendéis tan grandes en la otra? ¿En qué razón os fundáis que os hayan de tratar más bien que á mí? Sabed que más limosnas doy yo en diez dias que cuanto os cuestan en diez años las tachuelas que os metéis en el trasero. Bravo importa á Brahma que paséis el dia en cueros con una cadena al pescuezo; mucha utilidad saca de eso la patria. Cien veces más precio yo á uno que siembra berzas ó planta árboles, que á todos vuestros camaradas que se están mirado la extremidad de las narices, ó se ponen una albarda por nobleza de ánimo.

Dicho esto, se serenó Omri; halagó á Bababec, le persuadió, y le convenció al fin que abandonara sus tachuelas y su cadena, y se fuera con él á vivir otra vida más desahogada. Llevóle á su casa, aseáronle, untáronle con esencias de aromas, vistiéronle con decencia, y vivió quince dias con mucho juicio, confesando que era mil veces más dichoso; pero perdía su reputación con la gente, y no le venían á consultar las mujeres, de suerte que dejó á Omri, y se volvió á sus tachuelas por conservar su reputación.

Voltaire



François-Marie Arouet (París, 21 de noviembre de 1694 – ibídem, 30 de mayo de 1778), más conocido como Voltaire, fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración, un período que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad. En 1746 Voltaire fue elegido miembro de la Academia francesa

en la que ocupó el asiento número 33.

Existen varias hipótesis acerca del seudónimo Voltaire. Una versión muy aceptada dice que deriva del apelativo Petit Volontaire (el pequeño voluntario) que usaban sus familiares para referirse a él de niño. No obstante, parece ser que la versión más verosímil es que Voltaire sea el anagrama de «Arouet L(e) J(eune)» ('Arouet, el joven'), utilizando las mayúsculas del alfabeto latino.

También existen otras hipótesis: puede tratarse del nombre de un pequeño feudo que poseía su madre; se ha dicho que puede ser el sintagma verbal que significaba en francés antiguo que él voulait faire taire ('deseaba hacer callar', de ahí vol-taire), a causa de su pensamiento innovador, que pueden ser las sílabas de la palabra re-vol-tai ('revoltoso') en otro orden. En cualquier caso, es posible que la elección que el joven Arouet adopta, tras su detención en 1717, sea una combinación de más de una de estas hipótesis.

Voltaire alcanzó la celebridad gracias a sus escritos literarios y sobre todo filosóficos. Voltaire no ve oposición entre una sociedad alienante y un individuo oprimido, idea defendida por Jean-Jacques Rousseau, sino que cree en un sentimiento universal e innato de la justicia, que tiene que reflejarse en las leyes de todas las sociedades. La vida en común exige una convención, un «pacto social» para preservar el interés de cada uno. El instinto y la razón del individuo le llevan a respetar y promover tal pacto. El propósito de la moral es enseñarnos los principios de esta convivencia fructífera. La labor del hombre es tomar su destino en sus manos y mejorar su condición mediante la ciencia y la técnica, y embellecer su vida gracias a las artes. Como se ve, su filosofía práctica prescinde de Dios, aunque Voltaire no es ateo: como el reloj supone el relojero, el universo implica la existencia de un «eterno geómetra» (Voltaire es deísta).

Sin embargo, no cree en la intervención divina en los asuntos humanos y denuncia el providencialismo en su cuento

filosófico Cándido o el optimismo (1759). Fue un ferviente opositor de la Iglesia católica, símbolo según él de la intolerancia y de la injusticia. Se empeña en luchar contra los errores judiciales y en ayudar a sus víctimas. Voltaire se convierte en el modelo para la burguesía liberal y anticlerical y en la pesadilla de los religiosos.

Voltaire ha pasado a la Historia por acuñar el concepto de tolerancia religiosa. Fue un incansable luchador contra la intolerancia y la superstición y siempre defendió la convivencia pacífica entre personas de distintas creencias y religiones.

Sus escritos siempre se caracterizaron por la llaneza del lenguaje, huyendo de cualquier tipo de grandilocuencia. Maestro de la ironía, la utilizó siempre para defenderse de sus enemigos, de los que en ocasiones hacía burla demostrando en todo momento un finísimo sentido del humor. Conocidas son sus discrepancias con Montesquieu acerca del derecho de los pueblos a la guerra, y el despiadado modo que tenía de referirse a Rousseau, achacándole sensiblería e hipocresía.

(Información extraída de la Wikipedia)